

mismo que realiza visiblemente en las almas el director espiritual. Y lo que él no puede hacer, ó descuida en su debilidad, lo hacen los ángeles por orden de Dios en el alma llena de buena voluntad, á fin de que, por causa de la obediencia que ha consagrado á Dios, no sufra detrimento alguno.

La bienaventurada Marina de Escobar tuvo la dicha de dar con un excelente director, el Venerable Luís de la Puente. Sin embargo, además de éste y de su ángel de la guarda, dióle Dios otros diez ángeles para dirigirla. ⁽¹⁾ Entre éstos había uno, el más pequeño en apariencia, pero no el más débil en poder, que no la abandonaba nunca, siendo así que los otros se alejaban de ella de vez en cuando. Había sido encargado éste de conducirla por modo muy particular por el camino de la vida espiritual; y cuando ella le preguntó su nombre, le respondió que era el encargado de conducirla á su Esposo. ⁽²⁾

Tal es la misión de aquél á quien Dios confía el cargo de dirigir las almas; misión de confianza, misión santa. Toda alma en estado de gracia es la prometida del Hijo de Dios; y el director espiritual y el superior están encargados de engalanarla y de hacerla digna de ocupar eternamente un puesto al lado de su Prometido. Y terminada su instrucción, Aquél que lo ama más que á su propia vida, viene á buscarla y la eleva á su trono. ¿No es esta una empresa grandiosa para aquél á quien ha sido confiado este ministerio? ¿No es esto el coronamiento magnífico de su obra?

Que cada director espiritual llene, pues, sus sublimes funciones con este doble pensamiento. Gran consuelo será para él cuando pueda decir: «El esposo es aquél que tiene esposa: pero el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo, pues, es ahora completo». ⁽³⁾

(1) *Vita Marinæ de Escobar*, P. 2, l. 2 (8), 39.

(2) *Ibid.*, P. 1, l. 1, 4, 2, 3; l. 2, 7, 5; l. 4, 4, 5.

(3) Ioan., III, 29.

CONFERENCIA XV

EL ESTADO DE PERFECCIÓN

1. **La vida religiosa es la señal distintiva del verdadero Cristianismo, en cuanto que es ella la vida cristiana mirada con formalidad.**—La noche del último día de una cuaresma que acababa de predicar, tomaba el tren un religioso para volver á su convento.

Sólo ocupaban el departamento un señor y una señora, de lo que se sintió muy dichoso, porque esperaba entregarse al descanso, ya que estaba muy fatigado y debía pasar toda la noche en viaje.

Pero, apenas hubo arrancado el tren, cuando la señora, protestante de la alta Iglesia anglicana, acercósele y le dijo:

—Dispéñeme usted; ¿verdad que es usted un fraile?

—Sí, señora; para servir á usted.

—Pues bien; dispéñeme usted la audacia: ¿cómo es posible que haya todavía Órdenes religiosas? ¿Á que aspiran los religiosos?

Y en sus ojos inquisitoriales brillaba un deseo tan grande de saber, que inmediatamente comprendió el fraile que no estaba en presencia de una curiosa, sino de un alma en la que la vida y la muerte se disputaban la victoria.

De aquí que no vacilase en responder:

—¿Á qué aspiran los religiosos? Señora, aspiran á tomar en serio la fe cristiana y la vida cristiana.

—¡Ah!—exclamó ella.—Esto me agrada. Todavía no he considerado yo la vida religiosa desde este punto de vista. Pero ¿cómo es que la Sagrada Escritura nada dice sobre